

tándole á la señorita los favores que debía á su marido y desatándome en sus elogios; pero él embarazó mi panegírico refiriéndome como luego que salió de la cárcel fué á ver á su esposa, quien ya le tenía una carta cerrada que le había llevado un caballero, encargándole que luego que la viera fuera á su casa, pues le importaba demasiado; que habiéndolo hecho así, supo por boca del mismo individuo, que era el primer albacea del marqués, quien le suplicó encarecidamente no cesase hasta sacar á don Antonio de la prisión; que le pidiese perdón otra vez en su nombre, y á su esposa, de todos sus atentados, y que se le diesen de contado ocho mil pesos, tanto para compensarle su trabajo, cuanto para resarcirle de algún modo los perjuicios que le había inferido, y que á su esposa se le diese un brillante cercado de rubíes, que lo tenía destinado para precio de su lubricidad, en caso de haber accedido á sus ilícitas seducciones; pero que habiendo experimentado su fidelidad conyugal se lo donaba de toda voluntad como corto obsequio á su virtud, suplicando á ambos lo perdonasen y encomendasen á Dios.

Don Antonio y su esposa me mostraron el cintillo, que era alhaja digna de un marqués rico; pero los dos se enternecieron al acabar de contarme lo que he escrito, añadiendo la virtuosa joven: — Cuando advertí las malas intenciones de ese caballero, y ví cuánto tuvo que pade-

cer Antonio por su causa, lo aborrecí y pensé que mi odio sería eterno; pero cuando he visto su arrepentimiento y el empeño con que murió por satisfacernos, conozco que tenía una grande alma, lo perdono y siento su temprana muerte.

— Haces muy bien, hija, en pensar de esa manera, dijo don Antonio, y lo debemos perdonar aun cuando no nos hubiera satisfecho. El marqués era un buen hombre; ¿pero qué hombre, por bueno que sea, deja de tener pasiones? Si nos acordáramos de nuestra miseria seríamos más indulgentes con nuestros enemigos, y remitiríamos los agravios que recibimos con más facilidad; pero por desgracia somos unos jueces muy severos para con los demás; nada les disculpamos, ni una inadvertencia, ni una equivocación, ni un descuido, al paso que quisiéramos que á nosotros nos disculparan en todas ocasiones.

En estas pláticas pasamos gran rato de la mañana, preguntándome sobre el estado de mi causa, y que si tenía qué comer. Díjele que sí, que todos los días me llevaban una canasta con comida, cena, dos tortas de pan y una cajilla de cigarros, que yo lo recibía y lo agradecía; pero que tenía el sentimiento de no saber á quién, pues el mozo no había querido decirme quién era mi bienhechor.

— Eso es lo de menos, dijo don Antonio, lo que

importa es que continúe en su comenzada caridad, que espero en Dios que sí continuará.

Diciendo esto, se levantaron despidiéndose de mí, y añadiendo don Antonio, que al día siguiente saldrían de esta capital para Jalapa, á donde podría yo escribirles mis ocurrencias, pues tendrían mucho gusto en saber de mí, y que si salía de la prisión y quería ir por allá, supuesto que era soltero, no me faltaría en qué buscar la vida honradamente por su medio.

No era don Antonio, como habéis visto, de los amigos que toda su amistad la tienen en el pico: él siempre confirmaba con las obras cuanto decía con las palabras, y así, luego que concluyó lo que os dije, me dió diez pesos, y la señorita su esposa otros tantos, y repitiendo sus abrazos y finas expresiones se despidieron de mí con harto sentimiento, dejándome más triste que la primera vez, porque me consideraba ya absolutamente sin su amparo.

No dejó el Aguilucho de estar en observación de lo que pasaba con la visita, y ni pestañeaba cuando se despidieron de mí mis bienhechores, y así vió muy bien el agasajo que me hicieron, y se debió de dar las albricias como que se juzgaba coheredero conmigo de don Antonio.

Luego que éste se fué, me bajé para mi calabozo bastante confundido; pero ya me esperaba en él mi

amigo carísimo el Aguilucho, con un vaso de aguardiente y un par de chorizos, que no sé de dónde los mandó traer tan pronto, y sin darse por entendido de que había estado alerta sobre mis movimientos, me dijo: — ¡Vamos, Periquillo, hijo! ¿Que me hayas tenido sin almorzar hasta ahora por esperarte? ¡Caramba, y qué visita tan larga! Si á mano viene sería don Antonio que te vendría á cobrar sus cosas. ¿Qué tal? ¿Cómo saliste? ¿Creyó el robo? — Yo salí bien y mal, le respondí. — Bien, porque mi buen amigo, no sólo no me cobró nada de lo que dejó á mi cuidado, sino que me lo dió todo, y unos cuantos duros de socorro; y me fué mal, porque pienso que éste será el último auxilio que tendré, pues él mañana sale para su tierra con su familia, y á más de que siento su ausencia como amigo, lo he de extrañar como bienhechor.

— Dices muy bien, y harás muy bien de sentirlo, dijo el Gavilán al pollo tonto, porque de esos amigos no, no se hallan todos los días; pero ¡cómo ha de ser! Dios es grande y á nadie crió para que se muera de hambre. Que mal que bien, tú verás cómo no te falta nada conmigo. Soy un pobre moreno; mas, hermano, aunque yo lo diga, el color me agravia; pero soy buen amigo, y arañaré la tierra porque no te falte nada. No sé si me verías allá arriba cuando estabas con tu visita. No te lo quería decir, por eso me hice disimulado

ahora que bajaste; pero subí luego que supe que quien te llamaba era don Antonio, por prevenir los testigos en caso que te cobrara y tú te acortaras; mas así que al despedirse te abrazó, perdí el cuidado con que me tenías y bajé á prevenirte este bocadito, y si no te gusta, te mandaré traer otra cosita, que todavía tengo aquí cuatro reales que acabo de ganar al rentoy. ¿Los has menester? Tómalos. — No, hermano, le dije, Dios te lo pague; por ahora estoy habilitado.

— No te pregunto cuántos años tienes, decía el negrillo, sino que si los has menester gástalos, y si no tíralos; pero sábetete que yo siento más un desprecio de un amigo que una puñalada. Si no fueras mi amigo ni yo te estimara tanto como te estimo, seguro está que no te ofreciera nada.

— Te lo agradezco, Aguilita, le respondí; pero no es desprecio, sino que por ahora estoy bastante socorrido. — Pues me alegro infinito de tus ventajas como si yo las disfrutara, me respondió. ¡Pero mira qué chorizoncitos tan sabrosos! Come...

Es la lisonja astuta, y como tal se introduce al corazón por los oídos más prevenidos y circunspectos, ¿cómo no se introduciría por los míos incautos y no acostumbrados á sus malicias? En efecto, yo quedé prendadísimo del negrito, y mucho más cuando después de repetir los brindis á menudo, me dijo con la mayor

seriedad: — Amigo Periquillo, yo soy amigo de los amigos y no de su dinero. Acaso tú lo dudarás de mí porque me ves enredado en esta *picha* y sin camisa; pero te voy á dar una prueba que debe dejarte satisfecho de mi verdad.

Ya hemos tomado más de lo regular, especialmente tú que no estás acostumbrado al aguardiente. No digo que estás borracho, pero sí *sarazoncito*. Temo no te cargues más y te vaya á suceder lo que el otro día, esto es, que te acabes de privar y te roben ese dinero de la bolsa; porque aquí, hijo, en tocando al pillaje, el que menos corre vuela, y en son de una Águila hay un sinnúmero de gavilanes, gerifaltes, halcones y otras aves de rapiña; y así me parece muy puesto en razón que vayamos á dar á guardar esos medios que tienes al presidente, pues dándole una corta galita, porque no da paso sin linterna, te los asegurará en su baúl y tendrás un peso ó dos cuando los hayas menester, y no que disfruten de tu dinero otros pícaros que, no sólo no te lo agradecerán, sino que te tendrán por un salvaje, pues no escarmentaste con la espumada que te dieron no mucho hace.

Agradecíle su consejo, no previniendo la finura de su interés, y fuí con él á buscar al presidente, á quien entregué peso sobre peso los veinte que acababa de recibir.

Concluída esta diligencia, me dijo mi grande amigo que fuera á esperarlo al calabozo, que no tardaba.

Yo lo obedecí puntualmente, y sentándome en la cama, decía entre mí:—No hay remedio, este es un negro fino; su color le agravia, como él dice; hasta hoy no he conocido lo que me ama; á la verdad, es mi amigo y digno de tal nombre. Sí, yo lo amaré, y después de don Antonio, lo preferiré á cualesquiera otros, pues tiene la cualidad más recomendable que se debe apetecer en los que se eligen para amigos, que es el desinterés.

En estos equivocados soliloquios estaba yo, cuando entró mi camarada con cigarros, chorizones y aguardiente, y me dijo: —Ahora sí, hermano Perico, podemos chupar, comer y beber alegres con la confianza de que tus realillos están seguros.

Así lo hice sin haber menester muchos ruegos, hasta que en fuerza de la repetición de tragos me quedé dormido. Entonces mi tierno amigo me puso en la cama, teniendo cuidado de soplarle la comida que me trajeron.

Á la tarde desperté más fresco, como que ya se habían disipado los vapores del aguardiente, y el Aguilucho, comenzando á realizar sus proyectos, me hizo sacar los calzones empeñados, diciéndome era lástima se perdieran en tan poco dinero. Su fin era aprovecharse de mis medicillos poco á poco, valiéndose para esto

de las repetidas lisonjas que me vendía, y con las que me aseguraba que todo cuanto me aconsejaba era para mi bien; y así por mi bien me aconsejó que sacara los calzones, que pidiera la ropa de la cama que había dado á guardar y los medicillos que tenía depositados; y por mi bien, pues, deseando mis adelantos, según decía, me provocó á jugar, se compactó con otro y me dejaron sin blanca dentro de dos días, y dentro de ocho sin colcha ni colchón, sábanas, caja ni zarape.

Ya que me vió reducido á la última miseria, fingió no sé qué pretexto para reñir conmigo y abandonar mi amistad enteramente. Concluído este negocio, sólo trató de burlarse de mí siempre que podía. Efecto propio de su mala condición, y justo castigo de mi imprudente confianza.

Es verdad que el frío que se me introducía por los agujeros de mis trapos, los piojillos que anidaban en las hilachas, la tal cual vergüenza que me causaba mi indecencia, la ingratitud de los amigos, en especial del Aguilucho, y la dureza con que el suelo me recibía por la noche, eran suficientes motivos para que yo estuviese lleno de confusión y tristeza; sin embargo, algo calmaba esta pasión al medio día cuando me llegaba el canastito y satisfacía mi hambre con algún bocadito sazonado; pero después que hasta esto me faltó, porque dejó de venir el cuervo al medio día sin saber la causa,